

bre aconsejaron casi por unanimidad, es decir, por 20 votos contra 2, convocar un congreso nacional para que decidiera si el país había de ser regido por monarquía ó república. Maximiliano aceptó por su desgracia el consejo, quizás en la creencia de que los juaristas convencidos de su triunfo, tomarían parte en el congreso. Encargó al presidente del ministerio, Lares, que comunicara esta resolución á las autoridades francesas en México y que les dijera que el emperador, en vista de que la Francia no quería apoyarle más, estaba decidido á apoyarse en las fuerzas del país.

El disgusto que causó esta resolución en París fué grande tanto que Napoleón envió la orden telegráfica de que se embarcara también la legión extranjera francesa, á pesar de haber confirmado la promesa de Miramar, en el convenio del 30 de julio, de que esta legión después del embarque del ejército continuaría todavía seis años al servicio de Maximiliano. La ruptura entre Napoleón y su protegido se había hecho, pues, completa, lo cual dió á las relaciones de Maximiliano y de su gobierno con Castelnau un giro violento: mientras Bazaine, que naturalmente había renunciado á sus propios planes ambiciosos, mostraba cierto celo por conservar su contacto con el infortunado monarca é inducirle hasta el último momento á abdicar. Por lo mismo se presentó á invitación de Maximiliano en la reducida asamblea de notables que en lugar del congreso nacional se reunió en 14 de Enero de 1867, y cuyos miembros suplicaron al monarca por gran mayoría que no abdicara, por supuesto, porque así lo pedía su interés particular. Bazaine se esforzó en vano por hacer renunciar á estos notables á su empeño; casi por unanimidad, exceptuando solo cuatro votos, resolvió esta asamblea suplicar al emperador que continuara en su puesto. Maximiliano accedió á pesar de la casi ninguna probabilidad que había de que una victoria militar cambiara todavía la situación ó cuando menos facilitara una retirada honrosa.

En lugar de semejante contingencia favorable, á los pocos días el general Miramón, que con una parte de las tropas del país se hallaba cerca de Guadalajara, fué derrotado por el general republicano Escobedo. El juarista Porfirio Díaz, marchó contra la capital, de la cual se retiraron los últimos franceses

el 12 de Febrero, y el emperador se trasladó á Querétaro para oponerse allí á Escobedo; pero pronto se vió cercado por todos lados en la ciudad. A mediados de Marzo rechazó con buen éxito el primer asalto de Escobedo y envió al general Márquez á México para buscar refuerzos, en particular los regimientos formados por austriacos. Márquez, sin embargo, prefirió hacer primero una expedición para socorrer á Puebla, empresa inútil, pues que el 2 de Abril fué esta ciudad tomada por los republicanos, Márquez quedó sitiado en México; sus tentativas para abrirse camino fracasaron contra las fuerzas de Porfirio Díaz y quedó completamente cercado á mediados de Abril. Estando también amenazada seriamente Veracruz, evacuada por los últimos franceses en 11 de Marzo, no quedó más recurso á Maximiliano que abrirse camino hacia la costa para salvarse. Dispuso la marcha para el 15 de Mayo, pero la noche antes decidió su suerte. Un coronel, Miguel López, comprado por Escobedo, introdujo tropas republicanas en dos conventos de Querétaro. Al saberlo Maximiliano, corrió con Miramón y Mejía á la plaza principal de la ciudad, y convenciéndose de la imposibilidad de hacer resistencia, entregóse á sus enemigos.

Ni Maximiliano ni el mundo entero se hicieron ilusiones sobre la suerte que le esperaba. Fué en vano que los Estados Unidos y las potencias europeas se interesaran por él. El mismo Maximiliano solicitó, sin resultado, una entrevista con Juárez y también le suplicó por escrito que se contentaran con su sangre, dejando libres á Miramón y Mejía. Un consejo de guerra condenó á los tres á muerte, principalmente en atención al decreto del 3 de Octubre de 1865, y el 19 de Junio fué ejecutada la sentencia en Querétaro. El cadáver de Maximiliano fué entregado al emperador de Austria á su solicitud y llevado á Austria por la fragata *Novara*, que tres años antes había conducido á los nuevos emperadores á México. Los restos mortales de Maximiliano fueron depositados el 18 de Enero de 1868 en la iglesia de los Capuchinos en Viena.

Para Napoleón fué un golpe igualmente duro el fin trágico de su protegido y el mal éxito de toda la empresa. Tuvo que reconocer en su interior que ninguno de sus propósitos había salido conforme á su deseo. Ni siquiera había conseguido el pago de las reclamaciones que habían dado pretexto para la gue-

era. Hasta la caída del imperio molestó Jecker al gobierno con sus reclamaciones y con amenazas de revelar la participación de Morny y de otros hombres de Estado en este negocio. Al propio tiempo los empréstitos mexicanos realizados bajo la protección del gobierno francés, habían costado al país grandes capitales, y además se habían gastado en la expedición trecientos millones. Peores resultados había obtenido el emperador en sus propósitos políticos y mercantiles, pues ni había conseguido encauzar el creciente poder de los Estados Unidos ni robustecer la raza neo-latina en América, ni menos dar á la Francia en aquella parte del mundo una influencia preponderante. La exportación francesa á México, que durante algún tiempo se había aumentado, disminuyó ya en 1866 y acabó por amenazar con su completa extinción. ¡Cuán léjos estaba el tiempo en que Rouher había visto en esta expedición el pensamiento más grande del imperio! ¡Y cuán justificada pareció la oposición que constantemente había censurado la empresa, y que por lo mismo había sido tratada como enemiga malévolal Por supuesto también la oposición había incurrido en exageraciones é interpretaciones erróneas, como cuando declaró por única causa de la política pacífica de Napoleón en 1866 la debilidad del ejército francés por causa de la expedición mexicana. El ministro de la Guerra de Francia, Randon, seguramente tuvo razón cuando dijo en su defensa, escrita en 1867 y publicada en Octubre de 1870, que una disminución de treinta mil hombres poco más ó menos (fueron solo 28,693 los que en treinta buques regresaron de México en la primavera de 1,867) no podía haber imposibilitado al ejército francés de emprender otra guerra, y que solo se habían mandado cuarenta y ocho cañones cuando la Francia poseía en total veinte mil. Por lo demás habían sido tropas escogidas las empleadas en la expedición de México, sacadas de todos los cuerpos, por cuya razón siempre disminuyeron el mérito militar; y luego resultó el peligro de que en cualquiera complicación europea los Estados Unidos tomáran una actitud hostil y se suscitara una guerra de importancia incalculable. En efecto, durante algún tiempo meditó Napoleón proyectos ofensivos, y cuando menos estaba dispuesto á arrostrar las consecuencias que pudiera ofrecer el reconocimiento de la confederación del Sur, á la cual favoreció

constantemente hasta el punto de comunicar por medio de Mocquard á Slidell, agente de los confederados en París, un despacho interceptado dirigido por el embajador de los Estados Unidos en Lóndres á su colega en la capital francesa. Esto sucedió en Abril de 1,863, cuando el interés de Napoleón por los planes americanos empezaba ya á amortiguarse en vista de la posibilidad de las grandes complicaciones europeas á que podía dar lugar la sublevación de Polonia. En el resto del año se esforzó visiblemente en reducir las esperanzas exageradas de la confederación del Sur, que él mismo había despertado y alentado; y hasta prohibió á exigencias del gobierno de la Unión la entrega á la confederación del Sur de los buques construidos por Arman con permiso suyo. Al leer las reconvenções que el ministro de Negocios extranjeros de la confederación hizo á la política francesa en un despacho dirigido á Slidell en 20 de Septiembre de 1,864, no se puede menos de creer que el emperador de los franceses fué el mejor amigo que tuvo la Unión, y sin embargo, precisamente en aquel tiempo meditaba Napoleón el proyecto de reconocer la confederación en caso de que el general Lee consiguiera apoderarse de Washington, cosa que consideró muy segura. Los triunfos decisivos que alcanzaron las armas del Norte desvanecieron estos proyectos para siempre, y cuando la Unión recobró rápidamente sus fuerzas, después del derrumbamiento de la confederación, Napoleón temió la posibilidad de un conflicto militar con los Estados Unidos, temor que paralizó su libertad de acción en la política europea. Así puede explicarse acaso la solicitud seguramente prudente, pero de todos modos vergonzosa, que mostró Napoleón por acceder á los deseos de los Estados Unidos respecto de México, sin esperar que aquella potencia los expresara siquiera, y así abandonó al infortunado Maximiliano.

Aunque á este precio consiguió apartar las consecuencias más amenazadoras de su política americana, fué siempre evidente que había perdido en el transcurso de su empresa y principalmente por ella la preponderancia política que antes había tenido en Europa, y que en adelante, en el caso más favorable, tenía que compartirla con el gran hombre de Estado que en esos años se había elevado en Alemania. Lo peor para Napoleón no fué solamente la disminución de poder relativo de la

Francia, consecuencia inevitable de la constitución de la confederación alemana del Norte, sino el hecho indudable de que su crédito personal había disminuido en el concepto general del mundo. La sabiduría política insondable que se le había atribuido durante una serie de años, se había estrellado miserablemente en México; sus disposiciones indecisas y su retirada final, había dejado mal parada su fama de hombre consecuente y enérgico en sus planes; y la ya menguada confianza que inspiraban sus palabras, había quedado destruída completamente por la manera con que había tratado á Maximiliano. Triunfos extraordinarios en su política europea habrían podido debilitar y aún borrar estas impresiones, si no ante la historia, por lo menos ante sus contemporáneos; pero desde el año de 1863 no tuvo ya ninguno de estos triunfos. En nada fué ya feliz; y cuando después del primer fracaso sensible en el asunto de Polonia, quiso hacer olvidar la derrota por medio de un paso enérgico invitando á las potencias á un congreso en París, tuvo que conocer que ya no tenía como antes en sus manos los hilos de la política.

NUMERO 121.

EL 5 DE MAYO ANTE PUEBLA Y EL COMBATE DEL CERRO DEL BORREGO EN ORIZABA.

La guerra estaba declarada.

De un lado, Francia, á la sazón en el apogeo de su poder y cuyo ejército, orgulloso con los laureles obtenidos en Sebastopol y en Solferino, parecía invencible y tenía de ello la convicción, lo que duplicaba su fuerza. Del otro, México, y ni siquiera México entero, ya que una parte de sus nacionales llamaba la intervención y se preparaba á prestarle ayuda por todos los medios posibles. ¿No era fácil prever el resultado de esta lucha?

Sí, siempre que las cosas humanas se juzguen por las apariencias y siempre que la fuerza material sea la que triunfe en este mundo. No es así, por fortuna, diríamos, si no fuese que Francia debía, en esta ocasión, ser la víctima de esa ley. ¡Pueda ella, á su vez, aprovecharla en día no lejano!

Juárez contaba con una fuerza moral considerable: era reputado el gobernante legítimo y, como tal, sostenido por el partido liberal, sin duda el más osado, aunque no el más numero-

so: la ruptura de la alianza europea le ministraba una nueva consagración, al par que desacreditaba las pretensiones de Francia. Además, contaba con el recurso de poderse mantener en cualquiera parte de ese país inmenso, de ese territorio imposible de ocupar en toda su extensión; que le brindaba por doquiera inaccesibles refugios y seguros abrigos y que le permitiría escapar de sus vencedores y aguardar más venturosos tiempos.

Finalmente, sentíase apoyado, sostenido por su gran vecino, los Estados Unidos; y, á pesar de la guerra separatista, podía esperar que éstos le socorriesen directa ó indirectamente, de distintas maneras.

Los franceses, por el contrario, combatían á dos mil leguas de la madre patria. El temor á las complicaciones europeas, así como los violentos discursos de los jefes de la oposición, habrían de unirse para regatear los refuerzos que tendrían de enviarse á aquel lejano país, precisamente cuando las pérdidas de la guerra, y las mayores que causaba el terrible clima, constituían para el cuerpo expedicionario perpetua y necesaria causa de debilidad.

Tales reflexiones, si es que se hacían, formaban, al principio de la intervención, el monopolio de unos cuantos espíritus ponderadores, más prudentes y más reflexivos que los otros. Nadie dudaba del éxito de la expedición, en el que creían, no solo el general Lorencez, sino más que el general Lorencez, M. Dubois de Saligny, y más aún que M. Dubois de Saligny, el gobierno de Francia.

El general Almonte, causa oficial de la ruptura que se operara entre los tres aliados, se había quedado con el ejército francés. Se consiguió que se declarase á sí mismo jefe supremo interino de la nación, á lo que no costó trabajo decidirle, ya que jamás un general mexicano ha rehusado revestirse siquiera con la apariencia del poder.

En una proclama que, además de su propia firma, alcanzaban las de 92 de sus compatriotas, llamó á los mexicanos á la conciliación y les invitó á secundar la intervención extranjera, que había de restablecer el orden y la paz en su desventurado país. No despertó grandes ecos este pronunciamiento realizado á la sombra de las banderas francesas y su escaso éxito debe-